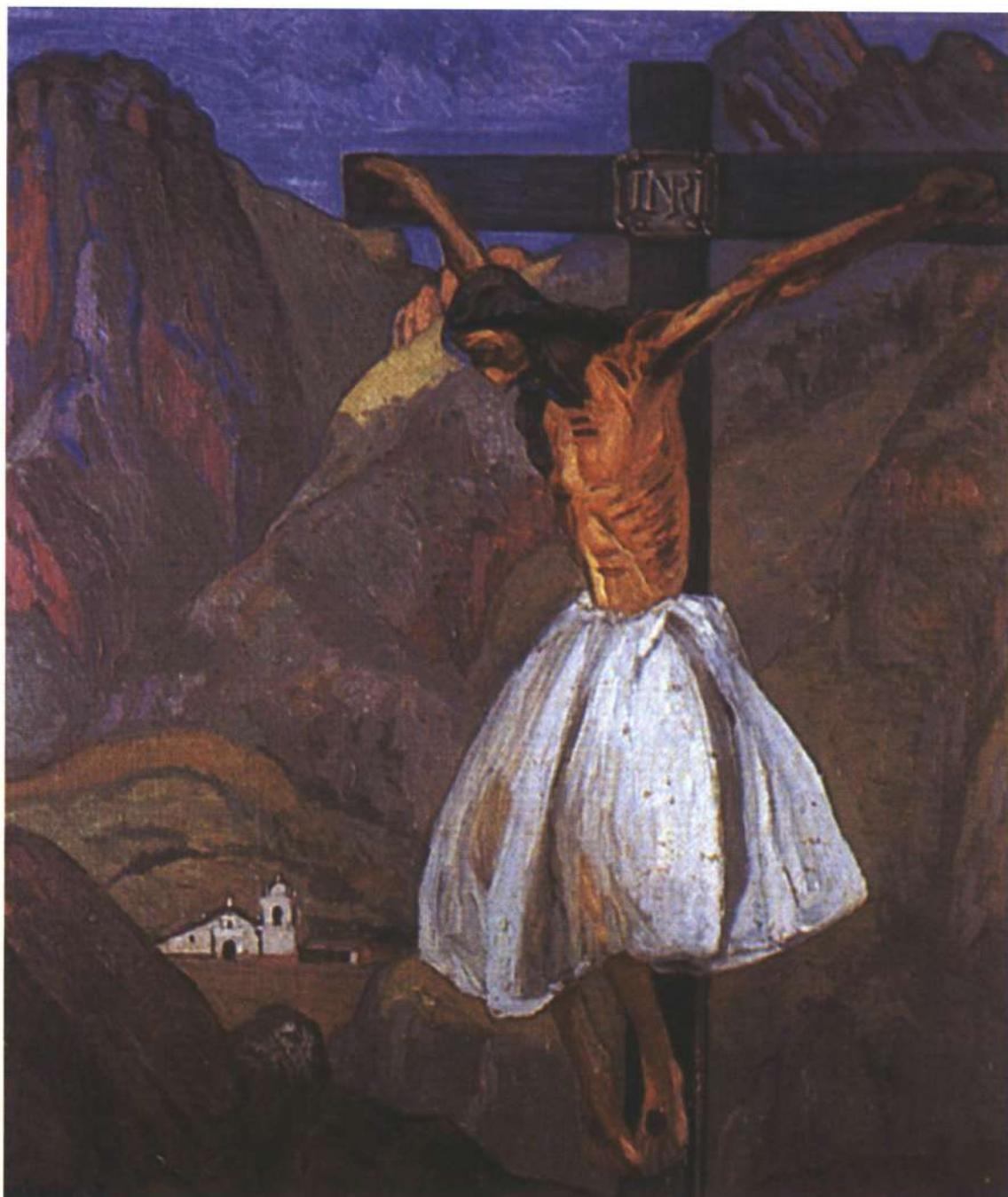


Política criminal

Artidoro Cáceres Velásquez

Neuropsicólogo, investigador, docente universitario. Decano de la Facultad de Ciencias de la Salud y Director de la Escuela Académico Profesional de Psicología Humana de la Universidad Alas Peruanas.

Lex



Cristo de los mineros

*Los dioses y los hombres conceden
al injusto una mejor suerte que al justo.*
PLATÓN. LA REPÚBLICA

Juro por Dios y por la plata.
CONGRESISTA DE LA REPÚBLICA

En un breve anecdotario curricular, confesaré que en mis ya setenta y tres años de vida he visto, experimentado y sufrido hechos de naturaleza «política» que han llegado a asustarme, primero, a espantarme, después, y, finalmente, a aterrarme. Durante mi infancia familiar y escolar, en mis años de pubertad y adultez temprana, y en la adultez tardía y la vejez, después, fui desarrollando, poco a poco, ineluctablemente, un rechazo a esas prácticas canallescás que diseñaban la conducta, el comportamiento y la mentalidad de individuos que, mostrando un orgullo torpe y malsano, se autocalificaban y se hacían denominar «políticos». Su meta, obsesiva, adictiva, delirante, era encumbrarse en los partidos políticos. El objetivo de esos individuos era conquistar el poder por asalto.

Estas personas buscaban encumbrarse en los partidos políticos y llegar a la cresta de la ola, al municipio, al Congreso de la República, a cualquier tipo de gobierno, o, como persistentes tartufianos, acomodarse a la sombra de otro y subir las escaleras, sin medida ni clemencia, atropellando, pisoteando, mintiendo, difamando, traicionando y hasta... ¡matando! Con esta gente, todos los hermosos discursos, todas las definiciones, todos los conceptos que a lo largo de la historia se dijeron y escribieron sobre Política, fueron ensuciados, prostituidos e infectados con prácticas ilícitas, indignas, delincuenciales, que transformaron a esa ciencia, arte, técnica y filosofía para gobernar a los pueblos y que, hace más de veinte siglos, se llama Política. He visto desfilar de lejos y de cerca a personajes monstruosos extraídos de esas canteras. En el análisis de su vida personal y familiar, en el consultorio, en los partidos políticos y en los recintos burocráticos administrativos del Estado, tomé contacto, cada vez más asqueado, con la forma en que se actuaba «políticamente». Inclusive como asesor, o como integrante de grupos, experimenté sus mañas, metas y reptaciones dirigidas a alcanzar la cúspide del poder político. Por supuesto que en estos casi cincuenta años de actividad profesional y otros tantos de vida académica, he encontrado a nobles personalidades, idóneos hasta el martirologio, que dieron muestra indiscutible de su indeclinable vocación de servicio, de honradez a toda prueba, de lealtad y fraternidad ejemplares. Pero son los menos, y cada vez más se les puede considerar como especies en extinción. Entonces, haciendo una pausa, con la angustiante sensación de que los años pasan y el plazo

dado por la vida se acorta, tomé la decisión de escribir este artículo. En él pretendo dejar constancia de mi enorme preocupación por el curso tortuoso y criminal de la «política» en nuestro país. Y así como la defensa nacional no puede ser solo preocupación de los militares, ni la salud solo preocupación de los médicos, menos aún la educación solo afán de los maestros, así creo que la «política» no puede ser solo interés de los políticos, y que la «política criminal» no puede ser solo materia de estudio de los abogados.

Para mayor abundamiento agregaré lo siguiente: tiene la palabra «política» significados y creencias muy diversas, pero que, en líneas generales o para el caso de toma de decisiones urgentes, solo ocupan dos terrenos: o se trata de algo útil, urgente, necesario, obligatorio para salir de la pobreza, de la catástrofe, del infortunio, de la esclavitud, de la miseria, del caos, del infierno, o se trata de algo vil, miserable, hipócrita, delincencial, nefasto, criminal. Entre estos dos abismos se mueven, caminan, deambulan los ciudadanos, los miembros de esa comunidad que se llama sociedad, *polis*. La palabra *polis* significa ciudad, villa, comarca, y proviene también del griego *politería*, que significa estado, régimen y que también señala normas y derechos. Los griegos tenían la palabra *político*, que significaba «el arte de la política».

1. El *Diccionario de la Lengua Española* define así a la política: «Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados.
2. Actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos.
3. Actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto o de cualquier otro modo.
4. Cortesía o buen modo de portarse.
5. Por ext., arte o traza con que se conduce un asunto o se emplean los medios para alcanzar un fin determinado.
6. Orientaciones o directrices que rigen la actuación de una persona o entidad en un asunto o campo determinado.

Así, de manera extensa, compleja y confusa, se define la palabra «política». Se justifica, entonces, que la gente, en general, se confunda, se desoriente y se angustie al comparar lo que le informa el diccionario y lo que ve y vive en la realidad, en la práctica y en el cotidiano transitar en su ciudad, en su país y en el mundo en general. Entre «cortesía y buen modo de portarse» y entre el «arte... referente al gobierno de los Estados» y las conductas y comportamientos de los «políticos», el ciudadano común y corriente se queda perplejo, desorientado y totalmente desubicado. Porque la «política» en nuestro tiempo, y particularmente aquí, en nuestro país, ha terminado por ser una práctica del engaño, de la demagogia, del cinismo, de la hipocresía, de la deslealtad, de la traición, de la infraternidad, del abuso, de la delincuencia, de la criminalidad. Termina entonces por ser «política criminal».

Como «actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos», la política se ha transformado en «actividad» corrupta, delictiva, en la que campea la inmoralidad, el *anetismo*, es decir la falta de ética, y en la que no existe respeto a las normas ni existe *deontología* entre los que han hecho de su práctica una profesión. De ser «arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados», se ha hecho maquiavélica, usando todos los medios, prioritariamente los vedados, para asaltar el poder, que es su fin último. En consecuencia, la «cortesía y buen modo de portarse» han desaparecido en la práctica, en favor de aquello que los politiqueros llaman «praxis política» y que mequetrefes y «pendejetes» vomitan con expresiones como «así es la política», «eso es política», «en política, los ingenuos y los sinceros están de más, sobran».

Sin duda, se criticará diciendo que la política es siempre buena y que el delito dentro de ella no es política sino su prostitución y degeneración, así como la «educación» es siempre constructiva y formadora y no hay educación criminal. Pero si hablamos de «política educativa», de «política económica» de «política de salud», incluso de «política de Estado», considero que esa detestable, purulenta y excrementicia forma de engañar prometiendo demagógicamente para ganar votos y luego no cumplir; falsificando documentos, difamando al competidor, mano-seando la vida íntima y poniendo trampas al opositor; prohibiendo la libre expresión, negando los derechos humanos, torturando, apropiándose ilícitamente de propiedad ajena, legislando a favor de sinvergüenzas y testaferros, llenándose los bolsillos con el dinero de los ciudadanos que tributan para el bien común y no para enriquecer a los gobernantes, además de otras tantas tropelías de los que llegan al poder político pisoteando, atropellando y delinquirando, constituyen conductas y comportamientos de mentes criminales. Por lo tanto, es indiscutiblemente necesario hablar y escribir sobre «política criminal», del mismo modo en que, creo, se habla y escribe sobre «psicología criminal», que alude al uso de conocimientos, técnicas y manipulaciones psicológicas dirigidos a subyugar, dominar, esclavizar, someter, engañar, aterrorizar, enfermar, y cuyo mejor ejemplo es ese manejo alienante de «acciones psicosociales» en las que se perfeccionan los que trabajan en los «servicios de inteligencia», que de inteligentes no tienen nada, absolutamente nada.

Llamo, pues, «política criminal» a la manera indebida, destructiva, reprensible, delictuosa de utilizar a la política poniéndola al servicio del crimen. Si la política en su debida acepción se ejerce poniéndola al servicio espiritual de los ciudadanos, del pueblo en general, la «política criminal», por su parte, busca, fomenta, impone la patología, la enfermedad, la anomalía, la corrupción, la degeneración, la muerte.

En estas condiciones, hay que reinventar la política. En este interés, propongo definir a la política como el conjunto de principios, de medios, de ideologías, de doctrinas y de actos mediante los cuales los seres humanos construyen el bien común de los individuos, de las perso-

nas, de las sociedades, de la naturaleza, del mundo, de la noosfera y del universo. En el intento de reinventar la política, Paimon Panikkar ha sugerido utilizar el término *metapolítica*. Y no es ocioso utilizar nuevas palabras, porque «el alma de la democracia es la palabra. Lo saben bien tanto las dictaduras como las demagogias. Y, haciendo un salto a nuestro tiempo, la crisis de la democracia es paralela al debilitamiento de la fuerza de la palabra». Por algo la casa principal del legislador se llama «parlamento», la casa de la palabra. Y al lado de la palabra, la democracia tiene dos columnas esenciales: la participación y la transparencia. Pero no solo la palabra ha sido devaluada y hasta prostituida por una práctica criminal de la política, sino que la participación y la transparencia se han hecho farsas, caricaturas y hasta infiernos; la *demo-cracia* se ha transformado en *demon-cracia*, cuando no en esquizofrenia.

«Las democracias actuales», decía Winston Churchill, «son un mal menor», pero, para comenzar, las democracias priorizan lo cuantitativo, funcionan en base a números y confunden pueblo con masa, y ya ni siquiera eso, porque hay «democracias», como la nuestra, por ejemplo, en la que no hay ningún respeto por la calidad, y menos por la excelencia. Hasta la clásica expresión de «Vox populi, vox dei» ha perdido valor: diez o menos por ciento de la población aceptan a un gobernante y a su «gobierno», pero esos gobernantes devaluados se quedan aferrados con uñas y dientes al poder. Ergo: política criminal.